

SCRINIUM

Publicación periódica
DEL ARCHIVO Y BIBLIOTECA CAPITULAR
DE LA S. I. CATEDRAL
DE BARCELONA



Fascículo II — *Abril-Agosto* — *Año 1951*

SCRINIUM

Publicación periódica del Archivo y Biblioteca Capitular de la S. I. Catedral de Barcelona

FASCÍCULO II

ABRIL-AGOSTO

AÑO 1951

De nuestros códices

VIDA SANTA DE UN CAPITULAR DE BARCELONA

Con íntima satisfacción vamos a dar cuenta de un manuscrito interesantísimo del mil seiscientos, guardado en nuestro Archivo Capitular, en el cual se inserta la *Vida* de un ilustre miembro antepasado de nuestra Corporación Catedralicia: el doctor Pedro Font y Font, de santa memoria. No nos proponemos otra cosa que dar una idea del manuscrito y de la santidad que cubrió en su no larga existencia terrena el prestigioso sacerdote prebendado, a quien generalmente se desconoce. Siempre vale la pena la exploración de las vidas repletas de virtudes, pero más cuando se trata, como se podrá apreciar, de un apostólico varón que ofrece marcadas semejanzas, a un siglo de distancia, con San José Oriol.

El manuscrito es un cuaderno en pequeño folio, de letra clara y limpia. El número de sus folios llega a 134, pero están en blanco doce. El título reza así: «VIDA DEL ILLUSTRE Y MOLT REVERENT SENYOR PERE FONT, SACERDOT, Doctor en Sancta Theologia y Canonge de la Sancta Iglesia Cathedral de Barcelona. — Composta y escrita per JAUME RAMON VILA, SACERDOT. — Dirigida al Molt Illustre y Insigne Capítol dels Canonges de la mateixa Cathedral Iglesia de Barcelona. — En Barcelona, en lo any de la Nativitat del Senyor 1614». El texto de la Vida está distribuido en cuarenta capítulos, precedidos de una dedicatoria al Cabildo y un prólogo para el lector, y seguidos de un índice y un apéndice.

Cuna y primera formación del Dr. Font

Nuestro esclarecido canónigo fué el quinto de los siete hijos de Juan Font y Juana Font, payeses, naturales del lugar y parroquia de Bascanó, Obispado de Gerona, a unos cinco kilómetros de la vetusta ciudad. El segundo de ellos había seguido también el camino del sacerdocio y fué beneficiado en la Colegiata de San Félix de Gerona, reconocido por todos como «persona de mucha virtud y santidad y sacerdote ejemplarísimo», según hace constar el autor del cuaderno.

No menos ejemplarmente cumplieron sus deberes de padres los esposos Font. Formaron a sus vástagos en toda virtud y en las más santas costumbres y les inspiraron un profundo temor de Dios, dándoles altas lecciones, lo mismo de palabra que con las obras, y viviendo en gran paz y caridad en el seno del hogar y con los vecinos todos. Padres e hijos acudían los domingos y días de precepto a los divinos oficios, entregándose después, un buen rato de la tarde, a la lectura espiritual. Familia verdaderamente cristiana, donde todo respiraba honestidad y piedad acrisolada dentro de la máxima sencillez. Pedro nació en 31 de octubre del 1564 y fué bautizado el día siguiente, festividad de Todos los Santos. Desde su más tierna edad se le dió una esmerada educación religioso-moral; pero se le proporcionó también la mejor instrucción primaria posible, sobre todo cuando se pusieron de manifiesto sus inclinaciones al estudio y al recogimiento. Enseñóle las primeras letras su propio padre, ayudándole en la tarea un viejo ermitaño vecino — el de la ermita de Santa Ana — llamado Sebastián Colell, que tenía fama de muy santa vida. Después, hasta los doce años, completó su enseñanza elemental Mosén Pedro Caselles, párroco de San Cugat de Salt, que le había apadrinado en el Bautismo. A la indicada parroquia, vecina de Bascanó, acudía todos los días el niño, dando progresivas muestras de aplicación y de vocación eclesiástica.

Cuatro años de latinidad en Gerona

En efecto: era grande su afición a los libros, evidente su predilección por la soledad y el aislamiento que le facilitasen el buen aprovechamiento de su compañía; y no menos inclinado se manifestaba hacia las virtudes y las devociones, pues se le veía apartarse de los juegos propios de su edad, ejercitarse en la oración, visitar diariamente a la Virgen Santísima, rezar fervorosamente el Rosario, en el que tuvo toda la vida sus delicias. Obedecía a la perfección a sus padres en cuanto le mandaban; y cuando le enviaban a guardar el ganado, se llevaba algún libro devoto y se recogía en lo más recóndito del bosque dándose a la meditación y a la lectura.

Vistas estas disposiciones y manifestados sus deseos, obtuvo sin dificultad el consentimiento paterno para cursar la Gramática latina en el Estudio Mayor de Gerona durante cuatro años. Los dos primeros fueron de particular sacrificio, pues iba y regresaba a pie todos los días, llevándose un modesto condumio para pasar la jornada, cenando al regreso. Al empezar el tercer año, su padre procuró y logró fácilmente que le tuviera en su casa una sobrina suya, hija de su hermana, que estaba casada en Salt, a mitad del camino entre Bascanó y Gerona.

Tuvo Pedro Font excelentes maestros de latinidad, en particular el Doctor Benito Sampsó, que más tarde fué canónigo de Vich y dignidad de Abad de San Félix en la catedral gerundense. Y prosperando cada

día en los conocimientos, en la piedad y en la virtud, dejó a todas luces confirmada su doble aptitud para el cultivo de las letras y para la vida sacerdotal. En las vacaciones de verano, que pasaba en su casa, continuó ejercitándose en el oficio de pastor, sin que se lo mandasen sus padres y únicamente para estar largas horas en soledad y poder entregarse ampliamente a la oración y al estudio.

Ocho cursos en la Universidad Barcelonesa

En septiembre de 1580, Juan Font, con clara intuición de las buenas dotes de su hijo, le envía a la Universidad de Barcelona, donde estudiará ocho años. Tenía entonces cerca de diecisiete. Cursó ante todo Retórica, Griego y ampliación de Latín; después, tres años de Filosofía y cuatro de Teología. Como se había esperado, fué estudiante de brillo. Varias veces defendió conclusiones y disputó en actos académicos lo mismo en la facultad filosófica que en la teológica, y tenía fama de hábil latinista. Fué muy querido de sus profesores, algunos de ellos ilustres. El cuaderno cita, entre otros, al doctor Pedro Juan Núñez, valenciano, uno de los más famosos helenistas de España; al doctor Juan Vila, canónigo de Barcelona, singular teólogo y humanista, que más tarde fué Obispo de Vich; al doctor Pedro Benet Santa María, también canónigo barcelonés y después Obispo de Elna; al Padre Diego Pérez, castellano, gran predicador y escritor, que residió los doce años últimos de su vida en Barcelona, dejando luminosos ejemplos de virtud y una serie de libros de escolástica y de devoción; y sobre todo, al célebre doctor Luis Juan Vileta, el capitular y catedrático de Teología Positiva que acompañó en el Concilio de Trento al Prelado barcelonés don Guillermo Cassador, tomando parte en las deliberaciones conciliares con una disertación «De Communionis sub utraque specie».

Por lo que respecta a su vida espiritual, puede decirse que Pedro Font progresó constantemente en ella, bajo la dirección de expertos maestros. Un dato notabilísimo: fué su confesor ordinario el famoso jesuíta reusense Padre Pedro Gil, varón conspicuo en erudición y en santidad, gran moralista y director de conciencias, de quien recientemente ha trazado una hermosa semblanza su compatriota don José Iglésias, como prólogo a la edición de su manuscrito de la Geografía de Cataluña, conservado en la biblioteca de nuestro Seminario Diocesano. (*Pere Gil, S. I. — 1551-1662 — i la seva Geografia de Catalunya. Barcelona, 1949*). Hay que añadir que nuestro biografiado conservó con el Padre Gil una entrañable amistad durante toda su vida y que fué siempre dirigido suyo mientras el sabio religioso residió en Barcelona. Al morir el canónigo Font, era el Padre Gil rector del colegio de Montesión de Palma de Mallorca. Para estimularse más a la piedad ingresó Pedro Font el 21 de enero de 1582 en la Congregación de Estudiantes que los Padres de la Compañía de Jesús tenían establecida en el Colegio de Nuestra Señora de Belén. En noviembre

del mismo año recibió la tonsura clerical de manos del esclarecido Obispo de Barcelona don Juan Dimas Lloris, con dimisorias del Ordinario propio. Tenía diecinueve años recién cumplidos. En las tómporas de septiembre de 1586 le dió las cuatro órdenes menores, en Gerona, el Prelado diocesano don Jaime Cassador. De manos del mismo recibió el Subdiaconado en 1588, en la iglesia de Castelló de Ampurias. Cada una de las sagradas ordenaciones avivó más en su alma el fervor devoto y cinceló con nuevos trazos su recio ascetismo.

En el transcurso de los ocho años se hospedó nuestro estudiante en diversas casas, pero no obedecieron sus mudanzas a motivo alguno de disgusto por parte de sus dueños, que le hubieran retenido con sumo gusto por su ejemplaridad y agradable compañía, sino a que estaba en ellas en calidad de maestro y los niños terminaban sus estudios; por lo que, no creyendo ya de provecho su permanencia, sin tardar más buscaba casa nueva. En todas ellas su conducta fué edificante. Parco en la comida, ayunaba, además, no tan sólo los días preceptuados por la Iglesia, sino también muchos otros, por pura devoción, particularmente los viernes y los sábados; y no eran pocos sus ayunos a pan y agua (siempre que sin particular nota le resultaba posible). Sus recreaciones eran la asistencia a funciones de iglesia y un paseo por las tardes de los días festivos, ora hacia el convento de Jesús de Gracia, ora hacia el mar o a otros conventos y parajes no lejanos, siempre en compañía de sus discípulos y, generalmente, de dos grandes amigos y condiscípulos: Juan Vila, natural de Las Fonts de Olot, que después fué doctor en Teología y párroco de Seva, en la diócesis de Vich, y Rafael Cols, natural del mismo Olot, más tarde doctor también y gran predicador, últimamente párroco de San Feliu de Pallaróls, donde falleció dos años antes que nuestro biografiado. Hay que decir que estos íntimos amigos del estudiante Font eran muy semejantes a él en todo. El autor del cuaderno, que era discípulo de Cols y formaba parte del pequeño grupo en los acostumbrados paseos, nos advierte que las conversaciones de los tres condiscípulos versaban siempre sobre los estudios y cosas de espíritu y oración, sin permitirse desvíos alguno en ellas. Hace constar asimismo que Font era muy solícito en la instrucción y buena formación de sus discípulos, haciéndoles aplicar al estudio y llevándoles a menudo a confesar y comulgar. Por su parte — añade — recibía él los Sacramentos cada ocho días en la iglesia de Belén y visitaba con suma asiduidad la capilla del «Roser» en la iglesia de Santa Catalina de los frailes Predicadores, pasándose allí horas enteras arrodillado y rezando el santo Rosario, del cual, como se ha dicho, fué devotísimo toda su vida. En su aposento tenía largos ratos de oración mental, especialmente por la mañana, antes de darse al estudio; y por la noche, antes de acostarse, practicaba detenidamente el examen de conciencia.

**Profesor de latín en Vich y familiar del Prelado;
ordenación sacerdotal**

El mismo año en que terminó sus cursos de Teología, o sea, el 1588, contando veinticuatro de edad, el Obispo de Vich don Pedro Jayme, prelado de gran doctrina y ejemplo, enterado de las buenas cualidades de los clérigos Font y Vila, sobre todo de su competencia en la lengua del Lacio, les llamó para que fuesen a enseñar Gramática en el Estudio vicense. Se resistió Font al principio, porque aquello estorbaba sus planes de doctorarse en Filosofía y Teología (en cuyas facultades había ya obtenido en su día el grado de Bachiller) y dedicarse lo más ampliamente posible a la oración y al retiro. Pero el Prelado de Vich puso por medianero al Padre Gil, y no hubo más remedio que acceder.

En cuanto el Prelado empezó a tratar al subdiácono Font, quedó tan prendado de él que le confió la instrucción de dos sobrinos suyos, se lo quedó de familiar en su Palacio y determinó ordenarle de sacerdote a la mayor brevedad. Obtenidas las letras dimisorias del Obispo de Gerona, sin notificar su petición al ordenando, le dió la agradable sorpresa de llamarle al diaconado para el día 24 de septiembre de aquel mismo año 1588; y el 17 de diciembre le confería el presbiterado en la capilla de San Miguel de la catedral ausetana. Sus padres quisieron que fuese a Bascanó a cantar solemnemente su Misa Nueva, para la cual se preparó con ayunos y largos días de recogimiento devoto. Regresado a Vich, prosiguió con su enseñanza de la Gramática en el Estudio y sus funciones en el Palacio Episcopal, de donde apenas salía, si no era por verdadera necesidad de su cargo. Dedicóse especialmente en esa temporada al estudio de la Sagrada Escritura.

El biógrafo hace un caluroso elogio de la admirable devoción con que, desde el primer día y durante toda su vida, celebró el presbítero Font la Santa Misa. No la dejaba por motivo alguno, y tanta era su preparación y tan edificante su acción de gracias, que bien se puede afirmar, como lo hace su apologista, que revelaba no ser su vida otra cosa que una continua concordancia que quería hacer acompañamiento a «esa música celestial y divina de la buena y perfecta celebración de la Misa».

Durante el tiempo que estuvo en Vich — tres años escasos — fué el hombre de confianza del Prelado. Estaba entonces Vich faltado de latinistas expertos, y ésta había sido la razón de su llamamiento. Muy pronto le fué encargada toda la correspondencia episcopal latina, tan ducho era en el manejo del idioma. No tardó tampoco el Obispo (que, por cierto, él sí era latinista competente) en designarle confesor suyo, con quien se reconciliaba con gran frecuencia. Como estaba dispuesto a concederle cuanto desease, él mismo le animó a graduarse de doctor en aquellos días, pues había tenido que retardarlo. En efecto, tomó el doctorado en Teología el 13 de marzo de 1590, en la Universidad de Perpiñán, por haber una peste, a la sazón, en Barcelona.

En septiembre del mismo año falleció el padre del nuevo doctor; había acudido éste a su pueblo natal, en cuanto tuvo aviso de la inminencia del triste acontecimiento, pero no llegó a tiempo para cerrar sus ojos. Después de pasar unos días en Bascanó, consolando a su madre y hermanos, volvió con presurosa diligencia a su puesto, de tan abnegado y discreto trabajo.

Párroco ejemplar

A principios del 1591 quedó vacante la parroquia de Tárrega, perteneciente entonces al Obispado de Vich. El Prelado quiso que el doctor Font opositara a ella, no sin profundo sentimiento de verle separado de él, pero deseoso de que sus talentos y virtudes no continuasen ocultos *sub modio*. Obligado el laborioso familiar por la invitación, que el Obispo apreciaba como un personal deber de conciencia, determinóse a tomar parte en el concurso, que se celebró el primero de febrero. Poco después se le extendían letras testimoniales por las cuales podía pedir la Bula pontificia de nombramiento, necesaria para el caso. Esta llegó a los tres meses. En junio hizo el doctor Font su entrada en Tárrega, ya entonces importante e industriosa villa.

Como la de muchas otras poblaciones de Cataluña en aquellos días, era la situación de Tárrega delicadísima, a causa de la lucha política desenfrenada, producida por los dos famosos bandos de *nyerros* y *cadells*. Ya por el camino salió a recibirle una porción de apasionados, haciéndole primero muchos agasajos, pero preguntándole enseguida a rajatabla si era partidario de unos o de otros. Llegado a la casa rectoral, una comisión del bando opuesto se le presentó en igual tono y haciéndole la misma pregunta. A todos respondió sabiamente que él no era ni sería de ninguno de los dos partidos ni venía a desarrollar otra política que la del Evangelio, como enviado por el Prelado para apacentar a las almas con las enseñanzas de Jesucristo. A continuación les exhortó con vehemencia a deponer sus apasionamientos, en bien de la paz de sus conciencias y de la villa. No faltaron algunos a quienes sentaron mal sus apostólicas palabras; pero fueron muchos los que las supieron apreciar y le respetaron y amaron en adelante como pastor modelo. Claro está que aquellas contiendas civiles, que, como se sabe, degeneraron a menudo en sangrientas, le ocasionaron serios sinsabores; pero el Señor le compensó con sus grandes consuelos en el ejercicio pacífico y caritativo de su ministerio.

¡Pastor modelo!, repitamos. El biógrafo nos cuenta de la exuberancia con que cumplió sus deberes canónicos, ejercitando toda suerte de labores parroquiales, a pesar de tener vicarios; de su asistencia constante a los enfermos, administrándoles los sacramentos y prodigándoles su consolación; de la generosa caridad con que socorría a todo desvalido, dando materialmente cuanto poseía; de la facilidad con que condonaba a los pobres los emolumentos a que tenía derecho; del celo con que predicaba y catequizaba a mayores y pe-

queños; de las prolongadas horas que dedicaba al estudio del Dogma y de la Moral; de sus penitencias admirables por la grey que se le había confiado, especialmente disciplinas rigurosas y frecuentes, ayunos voluntarios y casi continuos, muchos de ellos a pan y agua; de las noches pasadas en oración y mortificaciones de toda especie; de la energía apostólica con que reprendía los vicios y desmanes; y finalmente, del don de profecía que pareció tener al anunciar un gravísimo castigo divino a cierto desgraciado que profanaba el templo, durante la Misa, con charlas irreverentes. En efecto, al poco tiempo era sentenciado a muerte y ajusticiado en Barcelona, no precisamente por haber sido un facineroso vulgar, sino por haberse enredado en responsabilidades sobre las cuales no podía menos que caer el peso de la ley. Un detalle muy elogioso hay que consignar sobre la santidad del joven párroco: era un santo que no mortificaba a los demás con pretexto de aparecerlo. Así, mientras él ayunaba tan rigurosamente, trataba con mesa abundante a los vicarios y familiares, haciéndoles celebrar con platos extraordinarios las festividades y los motivos de regocijo.

Renuncia de la parroquia y estancia en Roma

Dió a todos el doctor Font una sorpresa de las que los santos suelen dar. A los cuatro años renunciaba el curato, por haberle entrado la aprensión de su ineptitud, ante el poco éxito alcanzado en la represión de ciertos bailes y costumbres pecaminosas. Atribuyendo el fracaso a sus pecados, empezó a preocuparse y no cesó en ello hasta poner la parroquia en manos del Prelado. Este quiso disuadirle, pero no lo consiguió. Por fin, le convenció para que renunciara a título de permuta con un beneficio, sin residencia, de la misma iglesia de Tárrega (a lo cual se prestaba el beneficiado, que no era otro que un sacerdote natural de la misma población, muy virtuoso y capaz, llamado Francisco Vergonyós), una pequeña pensión anual, complementaria, deducida de los frutos de la parroquia, y una capellanía que se le ofrecía en Santa María del Mar de Barcelona. Sumadas las tres pensiones, bien modestos resultaban los recursos de subsistencia que le proporcionarían. Tramitose la obtención de las Bulas de permuta, que se logró fácilmente.

El sueño dorado del doctor Font era entonces el de ir a Roma en piadoso plan de peregrino. Encaminose a Bascanó para despedirse de su madre y familia, y desde allí envió a Tárrega a su hermano Juan, para que vendiese sus muebles y liquidase todo cuanto en la parroquia le quedaba. Al regreso y de paso por Barcelona, Juan encontró ya en ella al doctor Font esperando con impaciencia alguna embarcación que le condujese a la Ciudad Eterna. Los días se le hacían años, dice el biógrafo. No quiso ni siquiera esperar las Bulas de permuta, que aún no habían llegado. Por fin, vio satisfechos sus anhelos, embarcando en el puerto barcelonés. Era un día de abril del 1595.

En Roma adscribióse nuestro doctor a la iglesia española de Nuestra Señora de Montserrat, celebrando todos los días en ella y tomando parte en sus ministerios como verdadero residente. De los estipendios que allí se le proporcionaban y de la pensión de la rectoría de Tárrega, que se le remitía, vivió durante los tres años que se prolongó su estancia en la capital del Orbe católico. Tal prolongamiento fué debido a que, siguiendo sabios consejos de importantes personas que le querían bien, deseaba obtener por concurso alguna de las prebendas eclesiásticas vacantes en Cataluña. Varias veces opositó con este fin, sin que la obtención de la prebenda en concurso fuese voluntad del Señor, que le reservaba la mejor parte. Hace constar el biógrafo que el doctor Font no quiso valerse de ninguna de las cartas de recomendación que había traído, entre las que se contaban las de algunos personajes principales. No las había pedido, las había aceptado por pura cortesía. Lo primero que hizo una vez llegado a Roma, fué quemarlas, confiándose a la divina Providencia, que le favorecería con lo que mejor fuese para su servicio, sin recurrir a otros medios humanos que al examen pertinente.

Ni que decir tiene que el doctor Font fué aquellos tres años, en todo, el santo varón de siempre, con redoblados fervores. La Ciudad sagrada le tenía el alma en emoción incesante y sentíase feliz visitando sus templos y basílicas, cosa que solía hacer muy de mañana o al mediodía, cuando era menor el concurso de gentes. Concurría también a los hospitales, repartiendo limosnas y prodigando consuelos a los afligidos por el dolor. Por lo demás, pasaba muchas horas recogido en su residencia, entregado a la oración, a la penitencia y al estudio teológico. Durante aquellos largos meses recopiló para su uso, en un voluminoso cuaderno, todas las materias tratadas por Santo Tomás en la *Summa*.

Por fin concursó con favorable resultado, obteniendo nada menos que un canonicato de la catedral de Barcelona que dejó vacante el fallecimiento del doctor Luis de Copons, Canciller de Cataluña y ex Inquisidor de Castilla, conocido y acérrimo debelador de la funesta secta de los alumbrados y uno de los varones más ilustres de nuestro Principado por su prudencia y sabiduría.

Santo Capitular de nuestra Seo

La Bula de nombramiento del canónigo Font, dada por la Santidad de Clemente VIII, llevaba fecha de 5 de abril del 1598. El día 3 de junio, después de presentarla al Cabildo, tomaba el nuevo prebendado posesión de su canojía. Siguiendo un criterio extendido en la época, varios amigos suyos opinaban que podía en adelante cohonestar la prebenda con el goce de los modestos beneficios, capellanía y pensión anteriormente obtenidos. Hay que notar, con respecto a los pri-

meros, que además del de Tárrega, tenía desde el Subdiaconado uno pequeñísimo, que a la sazón le había conferido el Obispo gerundense en Castelló de Ampurias como título de Ordenación, y otro no más pingüe de Vilobí, que le había advenido por derecho familiar. Renunciólos todos, y también la capellanía de Santa María del Mar, alegando que la mente de la Iglesia era, sin distingo alguno, que no se multiplicasen los beneficios en una misma persona. Cediendo los cuatro títulos a estudiantes pobres próximos al sacerdocio, quedóse exclusivamente con el canonicato y, por especiales razones, con la pensión anual de la rectoría de Tárrega, que no subía más que a treinta y cuatro ducados. El autor de nuestro manuscrito elogia calurosamente el rasgo y añade: «Ejemplo de perfección muy raro y poco usado en nuestros tiempos».

Dieciséis años residió el doctor Pedro Font en la canonjía, cumpliendo con tan laudable exactitud los deberes capitulares y brillando de tal manera por sus virtudes, que Barcelona entera le tenía por santo. Desde su toma de posesión no se contentó con proseguir su vida humildísima y mortificada, antes bien se propuso progresar constantemente en la perfección sacerdotal. Y así lo cumplió, añadiendo fervores a fervores, penitencias a penitencias. Ellas contribuyeron a que su salud fuese cada día más precaria y su vivir cada vez más afligido de dolencias e íntimas torturas. Llama fulgente su espíritu, barro resquebrajado su cuerpo. Figura suavizante que no sugería más que pensamientos de cielo. Detalla el biógrafo muchísimos rasgos de la santidad del capitular Font y Font y se complace en yuxtaponer diversas reseñas de conocedores auténticos de la misma, las cuales coinciden en ensalzar su mortificación, su encantadora piedad, su castidad acrisolada, su celo ardiente de la gloria divina, su amor a las almas, su predilección por los pobres, su tímida humildad, su magnanimidad sin límites. A menudo el elogio toma en el manuscrito formas y tono de panegírico, con el armazón de citas bíblicas y la tendencia al ditirambo literario, propios de la época. Hay algunas páginas verdaderamente curiosas en este sentido. Pero se hacen altamente simpáticas porque respiran un entusiasmo sincero, un afecto muy vivo, y porque se adivina que reflejan la admiración común.

Desde las cinco y media de la mañana estaba siempre levantado el santo canónigo, y su jornada entera, hasta muy entrada la noche, era un continuo ejercicio de caridad y de virtud: oración prolongada antes de abandonar el aposento, asistencia asidua y angelical al Coro, celebración ferviente, ministerios y asistencia de enfermos, visita de iglesias y de capillas de la misma catedral, largo estudio eclesiástico, lecturas espirituales y devociones, distribución de limosnas... Y se tomaba tiempo (si preciso era lo robaba al descanso) para multiplicar sus rezos, ejercitarse en disciplinas o entregarse a meditaciones extraordinarias. Los criados que tuvo — estudiantes o piadosos varones (jamás le sirvió mujer alguna) — comprobaron por diversos medios que

muchas noches apenas se acostaba. No hay que decir que continuó con sus rigurosos ayunos, que no faltaron entre sus penitencias ásperos cilicios y que su lecho y el menaje de su casa fueron siempre exponentes de su austeridad extremosa. Por lo demás, no nos permite el espacio entrar en anécdotas — preciosas algunas — que acabarían de perfilar el contorno espiritual del ejemplarísimo capitular.

Tuvo que morar el canónigo Font doce años en casas alquiladas, a causa de diversos motivos, alguna de ellas no tan silenciosa o no tan cercana a la Seo como hubiera deseado. Por fin le tocó en turno una de las residencias de los canónigos, en la calle del Paradís. ¡Con qué satisfacción se fué a la nueva casa, recoleta y apartada de todo rumor ciudadano, a propósito como la que más para su vivir predilecto! No pudo, sin embargo, disfrutarla muchos años. A los cuatro no cumplidos le llamaba Dios a la paz eterna.

Fallecimiento y honras fúnebres

El día 14 de marzo del 1613, el canónigo Pedro Font actuó de Preste, por haberle tocado en turno como semanero, en el entierro del capitular doctor Juan Safont. Por la tarde del mismo día, al salir del Coro, dijo al canónigo doctor Jerónimo de Vilana, Arcediano del Vallés: «Señor Arcediano, como se ha muerto nuestro buen amigo y hermano el canónigo Safont, me voy a casa a prepararme muy de veras para morir y enmendar lo pasado, porque pronto tendré que morirme, pues ahora me toca a mí la tanda, antes que a ningún otro de los capitulares». Lo mismo manifestó a otras personas de su confianza. En efecto, el primer canónigo fallecido posteriormente fué el doctor Font, pasado a mejor vida el día 10 de abril del año siguiente, 1614. Contaba cuarenta y nueve años y medio.

El manuscrito se extiende en la narración de multitud de episodios que ponen de manifiesto cómo el canónigo obró ya en adelante embebido en la certeza de su próxima muerte, desprendiéndose de ropas y enseres domésticos, para entregarlos a pobres y a conventos necesitados, sin quedarse más que lo estrictamente preciso; comprando muchos libros de Teología y Filosofía para un sobrino suyo que entonces estaba estudiando latinidad, pues decía que no quería dejar el cometido a sus albaceas; y, en fin, dejando perfectamente arregladas todas las cosas para poder salir de este mundo en cualquier momento sin engorros para nadie. Va describiendo también el afectuoso cuaderno cómo el mal iba progresando (cáncer intestinal, por lo que se adivina), cómo a partir de Navidad se vió impedido muchas veces el doctor Font de asistir al Coro y celebrar la Misa, cómo en ciertas ocasiones reiteró su profecía, diciendo, por ejemplo, cuando le consolaban por sus males, que muy pronto se acabarían ellos y que «antes de salir del abri» ya no serían necesarias las medicinas. Estuvo ininterrumpidamente en cama tan sólo los diez días últimos. Durante los mismos recibió repe-

tidamente los Sacramentos, confesándose todos los días (su ordinario era entonces el Padre Rafael Garau, S. I.), y recibió la visita de personas muy ilustres de la ciudad, entre ellas, por dos veces, el Obispo don Luis Sans. Acogía con placidez tales agasajos, pero tenía suplicado a sus familiares que procurasen evitarle visitas excesivas, puesto que, siendo él tan pecador, le convenía mantenerse concentrado en reflexiones y oración y no ser distraído por las conversaciones de la tierra.

Nueve años antes, sin duda porque previera que Barcelona desearía honrar su cadáver, el canónigo había hecho un testamento en que disponía ser enterrado en su parroquia natal de Bascanó. Le afligía el oír muchas veces que en las procesiones, por ejemplo, la gente del pueblo decía: «Ese es el canónigo santo», señalándole con el dedo. Se divulgó en sus últimos días el conocimiento de esta disposición, y ello fué causa de inquietudes por parte de los barceloneses, que tanto le apreciaban. El Cabildo fué a visitarle para rogarle la revocación de la cláusula. Viendo que no accedía, dando de su negativa diversas y piadosas razones, le suplicaron que por lo menos permitiese que se le hiciesen todas las honras fúnebres acostumbradas y que su cuerpo estuviese depositado unos días en la Seo, antes de ser trasladado. Se avino entonces en parte a las peticiones, permitiendo que se le hiciesen todos los actos acostumbrados, aunque sin pompa alguna, y que después, sin tardanza, el cadáver fuese llevado a su pueblo. No debía de ser atendido, pues, con el laudable pretexto de satisfacer a la devoción popular y de «hacer algunas diligencias acerca de la vida y virtudes del sobredicho canónigo» (como se expresa en la petición del Cabildo), se logró del señor Obispo que el cuerpo quedara de momento en Barcelona y fuera sepultado en la capilla de los Santos Inocentes, de la Catedral. En un apéndice del manuscrito se transcribe acta de haber sido trasladado en 1676 a la capilla de San Clemente, a causa de diversas obras en las capillas realizadas. Desde pocos meses después del fallecimiento se contaba ya con un Breve pontificio que, en vista de múltiples y aceptadas razones, autorizaba la permanencia perpetua de los despojos del canónigo Font en Barcelona.

No podemos extractar el resto del manuscrito: ocho capítulos consagrados a cada una de sus grandes virtudes en particular y unos veinticinco folios en los que el autor, en función de cronista, reseña las solemnísimas honras que se le tributaron después de muerto, la emoción popular y algunos incidentes memorables que acaban de justificar y confirmar el predicamento de santidad que le adornaba. Al final, van insertadas varias composiciones poéticas, algunas de ellas bien prolijas, con las que algunos literatos quisieron loar la vida y excelsa categoría moral del preclaro capitular de la Iglesia barcelonesa.

JOSÉ GROS Y RAGUER, canónigo,
Catedrático de Historia Eclesiástica en el Seminario
Conciliar de Barcelona.